

**EDICIONES  
BISTAGNE**



**PRODUCCIÓN  
SOWKINO  
MOSCÚ**

**PRIMER FILM  
RUSO  
HABLADO  
Y CANTADO**



**EL CAMINO  
DE LA VIDA**

EL CAMINO DE LA VIDA

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

El camino de la vida

Primer film ruso hablado y cantado

Apasionante obra pedagógica de fondo sensacional y moralizador

Dirección: NICOLAI EKK

Producción: MESCHRAPHOM, de Moscú



Exclusiva GAUMONT

Paseo de Gracia, 66

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

---

---

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

---

---

## A manera de prólogo

Los films rusos que hemos visto hasta la fecha, tienen la virtud de ser una exaltación de la fraternidad entre todos los seres humanos, sin distinción de clases.

Todo lo que tienda a demostrar que el hombre tiene derecho a ser considerado como tal, laborando por una humanidad mejor, mucho mejor que la actual, debe ser recibido con el corazón dispuesto a encerrar en él las enseñanzas de aquellos que, cansados de sufrir vejaciones sin cuento, oprimidos por la autocracia de los poderosos, rompieron el dique de su indignación y se lanzaron a la defensa de sus fueros.

Sí. No debe asustar a nadie la producción rusa. Todos sentimos en nuestra subconciencia que no somos como debíamos ser y todos deseamos, no es aventurado decirlo, que la sociedad mejore, que no haya miseria, que todo el mundo

trabaje, que nuestros ojos no vean en la calle y por la calle a mujeres acompañadas de su prole, famélicas ellas y trágicamente depauperadas las criaturas—futura humanidad doliente—, pero nos produce cierto pánico el pensar en la subversión del actual estado de cosas con que nos amenazan determinados elementos.

No es por el terror a lo que pudiera sucedernos que hemos de pensar en que todos, todos debemos aportar nuestra buena voluntad a la solución de problema tan magno como lo es el de equilibrar rápidamente la sociedad, reconociendo a los que se ven privados de todo—hasta de lo más indispensable—lo que de derecho—el derecho de vivir—les corresponde.

Los films rusos que hemos visto hasta ahora, repetimos, exaltan, acaso de un modo “extremista”,

la fraternidad humana, condenando el capitalismo de un modo fulminante.

¿Es un defecto?

Hasta cierto punto, pues, a veces, es absolutamente necesario presentar los horrores de una injusticia en el plano más trágico para que conmuevan hasta más allá de su sensibilidad a los causantes de aquélla y a los indiferentes a todo cuanto no sea su propio bienestar.

No es ninguna solución tampoco el que una organización nacida al calor del afán de reivindicación de los humildes dé al traste aparatosamente con la que está enfrente suyo, convirtiendo en lo que pudiéramos llamar infierno el purgatorio.

Cada cual tiene derecho—indiscutible don individual que no se adquiere por otra herencia que la que nos señala la vida—a pensar como place a su conciencia, irguiéndonos todos en dictadores de nosotros mismos.

Y he aquí como *El camino de la vida*, film ruso, tan ruso como

los demás a que nos referimos, se nos presenta sin aquellos extremismos aludidos, sino impregnado de un espíritu mesiánico, gracias al cual es muy probable que haga vibrar a los de abajo y a los de arriba saturándolos a la vez de ternura.

En *El camino de la vida* se apela a la persuasión para remediar muchos males. Opinamos que es un gran remedio moral y la regeneración de un individuo empieza ahí, de alma afuera. Lo importante es infiltrar a la humanidad lo que debe ser y lo que debe hacer.

Por eso merece todos los plácemes el magnífico film pedagógico *El camino de la vida*, que todos los sectores sociales verán con unánime aprobación, pues sanear la humanidad es embellecerla, hacerla más grata, ya que el mayor regocijo para nuestros ojos no puede ser la contemplación de soberbios edificios que reptan a las alturas como representación de un poder inderrocable, sino los rostros risueños de los que sólo piden salud, trabajo y fraternidad.

FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

## El camino de la vida

### ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

#### I

#### Mendigos y ladrones

Rusia. Nieve en las calles. Las inmediaciones de la estación están cubiertas por un niveo tapiz. Sólo en algunos puntos el barro se ha impuesto a la nieve y rompe la albuza con un manchurrón obscuro.

Se ve algún simón desvencijado cuyo auriga espera con paciencia apostólica la llegada del primer cliente. El calor del cigarrillo convierte en gotas la nieve que se ha adherido a su bigote. El cochero espera. Lleva horas, días esperando. Pero el soñado cliente no llega nunca. Se recuerdan aún las carrozas del tiempo de los zares, y el ruso de ahora, allá en el fondo

de su subconciencia, profesa un perseverante rencor hacia todo vehículo que no sirve para el transporte de mercancías.

Llegarán trenes abarrotados de obreros, hombres fuertes, ágiles, optimistas, que animarán por unos momentos los alrededores de la estación. Pero, entretanto, el cuadro es de una tristeza desgarradora.

Nieve en las calles y nieve en las almas.

Todos los que no tienen más profesión que la de vagar y dejarse arrastrar por la vida, afluyen allí. Es lugar adecuado para

implorar la caridad pública. Y, en último término, puede encontrarse una maleta que transportar, obteniendo por tan sencillo trabajo lo necesario para distraer el estómago y comprar algunos pitillos.

Casi todos son muchachos, aunque algunos parecen hombres hechos y derechos. Una vejez prematura ha surcado sus rostros y ha puesto en sus miradas un resplandor de fatiga. Son huérfanos en su mayoría. Sus padres murieron en la guerra mundial al pie de las banderas zaristas. Sus madres sufrieron el martirio de todas las crueldades de la guerra: el hambre, el bloqueo, la intervención. Sus almas se han forjado en el dolor y en la desconfianza. Ven un enemigo en cada semejante. Por eso se encierran en un egoísmo feroz y por eso atacan, imaginando que salen al paso de ataques contra ellos.

Nada bueno se puede esperar de ese rebaño lanzado a la independencia por el odio.

También se ven, mezclados con ellos, rostros de personas mayo-

res. En éstos no se advierte una amargura desesperada, sino una crueldad fría y calculadora.

Allí está Tchastuchka, con sus labios pintados, con los ojos adornados por el vodka y las ojeras marcadas por todos los vicios.

Es joven, más joven de lo que parece, y, allá en el fondo de su mascarilla sensual, perduran vestigios de belleza. Ahora fuma, expeliendo el humo con deleite y maestría. Maestría, porque puede formar anillos, columnas, espirales, en los que se deja envolver entornando los ojos con arrobaamiento.

Está apoyada en una columna del pórtico, y, evidentemente, a la expectativa.

Pero ¿a la expectativa de qué?

Cualquiera que pretenda deducirlo errará. Creerá que Tchastuchka va a la caza de aventuras fáciles, de esas aventuras que se conciertan con una mirada y una palabra y que terminan a la media hora de comenzar.

Sin embargo, no es eso lo que retiene allí a la joven de rostro

vicioso. No es ese su *trabajo*. Acaso se ofendería si alguien se acercara a hacerle una proposición en ese sentido. El pudor, cuando se encierra en un espíritu amoral, en un galeote del vicio, ofrece sorpresas desconcertantes.

Tchastuchka no es una mujer de esa clase. Tchastuchka no se vende. Tchastuchka roba.

Forma parte de una banda cuyos miembros están dispersados en torno de ella mezclados con otros seres de aspecto muy parecido, pero que no pasan de ser vagabundos.

Enfrente del pórtico de la estación, apoyado en una valla que cerca unos terrenos sin edificar, está el jefe de la banda. Es un hombre que frisa en los treinta y cinco años. Parece indiferente a cuanto le rodea y, sin embargo, no deja de fiscalizar el menor movimiento que realice cualquier miembro de su banda. En sus ojos grises hay una especie de fulgor ahogado, una frialdad penetrante. Mira sin parpadear. También tiene entre los labios un cigarrillo, que al primer contacto con sus ru-

dos y enormes dedos ha adquirido la forma de un gancho.

Fuma rápidamente, con impaciencia. Sin duda "su gente" no da el rendimiento deseado. Ya promedia el día y aun no cuenta la banda con el menor ingreso.

Pero la clave, el eje de la cuadrilla hay que buscarlo en Mustafá.

Es un muchacho de corta estatura, pero de fuerte complexión. Su rostro es una horrible mezcla de animalidad y estupidez. En su faz redonda, apenas se columbran los ojillos. En cambio, su boca es enorme, de grandes dientes y labios abultados.

Mustafá es, además del más horrible, el mejor elemento de la cuadrilla. Está sentado en las gradas de la escalinata, en una actitud llena de indolencia, como de rey en reposo. Para los de la banda éste es su único defecto: el de la vanidad. Está persuadido de lo que vale y se aprovecha de ello para prodigar entre sus camaradas las órdenes y los gestos olímpicos.

Por algo le llaman el "Presuntuoso".

II

**La banda en acción**

Se ha oído el silbido de la locomotora. Se produce cierta agitación entre los que pululan al pie del pórtico. Mustafá se sitúa en un punto estratégico y cruza una mirada de inteligencia con Tchastuchka. Después, sus ojos van hacia el jefe de la banda y ve que su impaciencia se ha atenuado momentáneamente. Tiene entre los labios un segundo pitillo, también doblado y despanzurrado; pero fijo e inmóvil, humeando de un modo regular y lento. Es la mejor prueba de que el jefe ha recobrado la serenidad.

De pronto, aparece en lo alto del pórtico una señora. Lleva dos maletas, una en cada mano, y en su figura, en su rostro, en su indumentaria hay algo que constituye para la mirada perspicaz de Tchastuchka una revelación.

Tchastuchka hace un ligero guiño a Mustafá. El humo del cigarrillo pone ante sus ojos un velo de disimulo, de modo que sólo percibe el gesto la persona a quien va dirigido: Mustafá.

Este se encoge, se cruza de brazos y, con andar chinesco, de puntillas, se desliza hasta la pared in-

mediata al pórtico, donde se apoya, con una mano tendida imploradoramente y sentado sobre sus propios talones.

A nadie sorprenderá este cambio si ha reparado en él. Son muchos los mendigos que obran de semejante forma cuando, de pronto, se presenta la oportunidad de mendigar con provecho.

El auriga rebulle también dentro de su abrigo formidable. Una ola de esperanza le ha sacudido. Se acercan dos viajeros. Pero antes de subir, preguntan y el auriga responde:

—Dos rublos y medio.

Un movimiento de sorpresa en los viajeros.

—¿Está usted loco?

—El caballo ha de comer, pobrecito. Yo tampoco me alimento del aire.

Y el diálogo termina con esta frase que el cochero ha oído mil veces de veces:

—Tomaremos el tranvía.

A todo esto, reina una inusitada animación en los alrededores del pórtico. La masa de viajeros se desparrama en todas direcciones.

Despedidas entre los que se separan. Saludos a los que esperan.

Es el momento.

Los ojos invisibles de Mustafá están fijos, como hipocondríacos, en las maletas de la "señora". Tchastuchka está también alerta aunque se finge absorta en la compostura de su rostro y de su tocado. Así la tomarán por lo que no es, así abre una vía muerta a las suspicacias.

La "señora" ha llegado a unos pasos de Mustafá, que permanece ovillado junto a la pared, con la mano tendida en ademán implorador.

La "señora" se detiene. Sin duda espera a alguien que se ha quedado atrás.

Pero no suelta las maletas. Grave inconveniente. Mustafá ha desechado el procedimiento del tirón por ineficaz y por peligroso. Eso sólo puede hacerse de noche y si no hay luna.

Pero ¿para qué está Tchastuchka?

Tchastuchka se ha acercado a la "señora", por la espalda. Ha

dejado caer en el suelo un billete con disimulo.

—¡Señora!

Y cuando la dama se vuelve, ella se inclina a recogerlo.

—Se le ha caído este billete.

La dama no duda de que el billete es suyo. Acaba de sacar el pañuelo sin soltar las maletas, lo que ha dificultado considerablemente la operación.

—¡Oh, muchas gracias!

Tampoco duda de Tchastuchka. ¿Cómo dudar de quien le devuelve un dinero que habría podido apropiarse tranquilamente?

Dirige a Tchastuchka una mirada de gratitud y deja las maletas para restituir el billete al bolso.

—Muchas gracias, hija mía.

—Sin duda se le ha caído al sacar el pañuelo.

Entretanto, Mustafá ha llegado, con suavidad deslizante, hasta la maleta que ha quedado a espaldas de la señora al volverse ésta para dar las gracias a Tchastuchka. Tiende la mano con un doloroso gesto de imploración, que la dama no puede ver, pero sí los

transeúntes, y, con la otra, se apodera de la maleta.

Un segundo más y Mustafá ha desaparecido entre la muchedumbre llevándose la maleta.

—Sí, sin duda ha sido al sacar el pañuelo—responde la dama en aquel momento a Tchastuchka.

Pero a Tchastuchka ya no le interesa prolongar la conversación. Mustafá se ha alejado lo suficiente para que la maleta esté segura.

Murmura unas palabras de despedida y se va.

La señora ha guardado el billete en el bolso. Se inclina para coger las maletas y entonces advierte que una de ellas ha desaparecido.

Un grito de alarma.

—¡Al ladrón!

Afluye la gente.

—¿Qué pasa?

—¡Me han robado!

Afluye más gente.

—¿Qué pasa?

—Han robado a la señora.

Llega un agente de la Tcheka.

—¿Qué pasa?

—Un robo.

—¿Ha visto alguien al ladrón?

Nadie ha visto nada.

—¿Qué es lo que le han robado?—pregunta el agente.

—Una maleta.

—¿Ha visto alguien un individuo sospechoso con una maleta?

Todos han visto algún rapaz transportando una maleta, pero eso no puede ser motivo de sospecha ni de acusación. El transporte de equipajes se verifica generalmente por individuos de la más humilde categoría humana.

La "señora" vocifera.

—¡Llevaba en ella dinero, el anillo de compromiso, papeles importantes!...

Entretanto, la banda ha tenido tiempo más que sobrado para completar la operación.

Mustafá, con un movimiento apenas perceptible, ha dejado la maleta a los pies del jefe, que consume un tercer pitillo. Después ha vuelto cerca del grupo y emprendido una carrera vertiginosa y alocada, atropellándolo todo.

Su propósito es atraerse la atención y las sospechas del grupo. Lo consigue y salen varios en persecución del sospechoso.

Entonces Tchastuchka se acerca tranquilamente al jefe, coge la maleta y se aleja en dirección contraria a la emprendida por Mustafá, confundándose con los viajeros rezagados, la mayoría de los cuales transportan también maletas.

III

Un hogar feliz

—Kolka cumple hoy quince años.

El padre apartó la vista del periódico para fijarla en el adolescente.

Le dió la mano.

—Estoy satisfecho de ti, Kolka. Eres un hombre.

El padre, Nicolás Rebroff, era un importante funcionario del gobierno comunista.

Sin embargo, en su casa no había el menor detalle de ostentación. Todo era modestia, limpieza y orden en aquella casa. Es lo más a que puede aspirar un funciona-

rio del actual gobierno ruso. Lo más a que puede aspirar y lo más que desea.

Kolka estaba, en efecto, hecho un hombre. Un rostro inteligente sobre un cuerpo esbelto y fornido.

—Seguiré tu camino, papá, y me daré por satisfecho si llego donde tú has llegado.

Fué un ataque demasiado violento para la serenidad de Rebroff.

—Gracias, hijo mío.

Había un nudo de emoción en su garganta. En cuanto a Kolka, no podía hablar.

Se abrazaron, y, en este momento, llegó la madre con el cesto de la compra.

—Me voy al mercado. ¿Qué quieres que compre, Kolka?

—Manzanas.

Kolka era un apasionado de la fruta. Su máxima golosina eran las manzanas. Hasta ahí llegaban los apetitos de su alma forjada en la sobriedad del régimen comunista.

—Compraré las mejores manzanas del mercado.

Y la madre salió de la casa.

\* \* \*

Mustafá, el "Presuntuoso", dormitaba en una de las escalinatas que daban acceso al mercado.

Varios elementos de la cuadrilla le rodeaban. Entreabrió los ojos y vió que un rapaz hincaba los dientes en una manzana.

Entonces dijo escuetamente:

—Quiero manzanas.

A su lado estaba el "Rojo". Era

éste uno de los tipos más pintorescos de la banda.

—No seré yo el que vaya por ellas. Pídemme un pájaro y te lo cazaré de una pedrada.

—Calla, "Rojo", que no me dejas dormir.

En seguida surgió un voluntario que miró a un lado y a otro buscando la procedencia de la manzana que se estaba comiendo el rapaz.

Sus ojos tropezaron con una mujeruca que tenía delante un cesto de esa fruta y la ofrecía a todo el que pasaba cerca de ella.

El secuaz del "Presuntuoso" se dirigió hacia la vendedora con ánimo de proceder al escamoteo.

Pero he aquí que en aquel momento llegó la madre de Kolka. Las manzanas eran magníficas.

El golfillo tuvo un gesto de contrariedad, pues hubiera preferido que su mala acción no tuviese ningún testigo presencial.

Sin embargo, no se arredró, y cometió el robo.

La vendedora, advirtiendo la operación, lanzó un grito de alarma.

La madre de Kolka, indignada, se puso de parte de la pobre vendedora, dispuesta a recuperar para ésta lo que se llevaba el ratero.

Esto exasperó más todavía al ladrón, que la emprendió a golpes con las dos mujeres. La vendedora se limitaba a gritar, pero la madre de Kolka, asiendo al golfo, intentó defender las manzanas y esto fué su perdición.

Ciego de ira, el súbdito de Mustafá la golpeó hasta hacerla caer sin sentido. Y siguió golpeándola cuando estuvo en el suelo, con un encarnizamiento feroz.

Quedó exánime la agredida. Las manzanas se habían desparramado por el suelo. El ladrón cogió dos de ellas y echó a correr.

Entregó una a Mustafá, se quedó él con otra y dió la voz de alarma.

—Creo que he matado a una mujer. ¡Sálvese quién pueda!

En efecto, empezaban a oírse gritos y rumores en el mercado. Una multitud exasperada se apiñaba en torno del cuerpo exánime. El ladrón y sus compañeros huyeron velozmente.

Mustafá se comió su manzana.

IV

Un hogar deshecho

Kolka esperaba con impaciencia a su madre. En aquel día feliz le dolía estar un solo minuto separado de ella. Los días de cumpleaños siempre habían sido en casa de Kolka días de compenetración familiar.

Llamaron a la puerta y, seguidamente, el muchacho oyó una voz de llamada.

—¡Kolka!

—Es ella—exclamó alegremente, reconociendo la voz maternal.

Fué a abrir. No había sabido interpretar el tono de aquella llamada. Tomó por emoción lo que era angustia mortal.

—¡Kolka!

Abrió la puerta y retrocedió aterrado.

Era su madre, sí, pero en brazos de varios hombres. Un agente de la autoridad que los acompañaba dió una escueta referencia del suceso.

—Ahora mismo llegarán los facultativos de la asistencia pública.

Ni Kolka ni su padre pudieron dar respuesta alguna. Lo inusitado y lo enorme de la tragedia los había petrificado. Sus pensamientos no fluían: eran una masa densa y confusa.

Los que transportaban el cuer-

po exánime vieron a un lado del comedor un lecho vacío y en él lo depositaron.

Fueron unos momentos de horrenda intensidad dramática. Kolka y su padre parecían cubiertos por una mascarilla de cera. Sus cuatro ojos, redondos y desorbitados, se fijaban en el cuerpo de la madre y esposa, con impavidez angustiosa.

Una mano de la herida se levantó crispadamente.

—¡Kolka!—gritó.

Y todo su cuerpo se combó en una trágica sacudida.

Después, nada. Silencio. Un silencio de espera.

Llegaron los facultativos de la asistencia pública. El auto se detuvo a la puerta. Un médicos; dos ayudantes con un maletín.

No tuvieron que llamar: la puerta estaba abierta. No tuvieron que preguntar: todo estaba a la vista.

Uno de los médicos auscultó a la enferma. Se había producido un silencio mortal, profundo, en el que cada cual oía el latido de su propio corazón.

El médico se levantó lentamente del borde de la cama, donde se había sentado. Restituyó el aparato de auscultación al maletín y se encaró con el padre de Kolka.

Con una crudeza y una frialdad científicas, dijo:

—Está muerta.

Y desfiló el galeno, seguido por los ayudantes.

En la calle volvió a oírse la campana del auto de la asistencia pública.

En la habitación, convertida de pronto en cámara mortuoria, no se oía nada, absolutamente nada.

De pronto, el llanto desgarrador de Kolka rompió el trágico silencio.

\* \* \*

Aquello no fué más que el preámbulo del drama. Un hogar destrozado, aplastado por el dolor.

Y todo ¿por qué? Porque a un ladronzuelo, a un golfillo lanzado por el azar al vértigo de la mala

vida, se le había ocurrido comer manzanas.

El cabeza de familia no era ya cabeza de nada. Era un miembro desarticulado de un cuerpo incompleto.

No podía soportar aquel vacío, aquel desgarramiento. Sentía como si le hubieran arrancado brutalmente la mitad del corazón.

Creó hallar, si no el remedio,

un consuelo en la bebida. Y, desde entonces, aquel ser que había sido para Kolka el mejor ejemplo y el mejor estímulo, se convirtió en una vergüenza pública.

Y en aquella casa donde nunca había faltado la alegría del deber cumplido, ahora no pasaba día sin que recibiera la profanación del vodka almacenado en la persona del dueño.

## V

## Sólo en la nieve

Los periódicos publicaban aquel día una noticia interesante para Mustafá y sus colegas.

Decía la nota periodística:

"El gobierno autoriza a la Junta protectora de jóvenes sin hogar" a dar una batida esta noche para apoderarse de todos los niños sin domicilio que encuentre. Los agentes de la autoridad y, en general, todos cuya misión esté relacionada con el mantenimiento del orden público, están obligados a ayudar en este sentido a los miembros de la Junta que lo soliciten".

Pero ni Mustafá ni ninguno de sus compañeros pudieron enterarse, porque no sabían leer.

Kolka, en cambio, leyó y releyó la noticia. Niños huérfanos, niños abandonados. Jóvenes sin hogar... Se sentía un poco "sin hogar" desde la trágica muerte de su madre. A su padre lo consideraba también como perdido. No tenía nada que ver el de ahora con el de antes. Aquél parecía haber muerto también, por lo menos en espíritu, quedando sólo un cuerpo vacío, un grotesco muñeco que pretendía imitar al hombre ejemplar, recto y generoso que fué su padre.

Era un día intensamente frío. Nevaba sin cesar. Soplaba el viento lanzando los copos ruidosamente contra los cristales de las

ventanas. Y aquel frío, aquellas ráfagas penetrantes las sentía Kolka en el corazón.

Y llegó la noche sin que el tiempo cambiara. Nevaba menos, pero, en compensación, el viento era más fuerte y producía un vivo dolor de latigazos cada vez que enviaba una ráfaga contra la piel de las manos y del rostro.

Aquel día no se había comido en casa de Kolka. No se cenaría tampoco. Era muy tarde y el padre no había regresado aún. Como otras muchas veces, como casi siempre, no llegaría hasta pasada la media noche y, entonces, lo haría tambaleándose, borracho, agresivo...

Kolka pasó esperando no sabía cuántas horas. Por fin, le rindió el sueño y se dejó caer en el lecho sin desnudarse.

Se durmió y el viejo reloj de pared siguió contando en el silencio los minutos.

De pronto, le despertó una especie de rugido. Se frotó los ojos, se incorporó en el lecho y vió el rostro demudado de su padre. Aquel semblante tenía una expre-

sión diabólica. Parecía, no el de un borracho, sino el de un loco.

Sin embargo, era la embriaguez lo que alteraba aquellas facciones, dándoles un aspecto horrible de demencia.

Pretendía cantar, pero de su boca sólo salían rugidos inarmónicos.

La luz del comedor había quedado encendida, pero era de escasa potencia y por esto, unido a la suciedad de la lámpara, sólo lograba desparramar una penumbra amarillenta que aumentaba la intensidad de aguafuerte del cuadro.

El borracho dió un traspie, echó a rodar una silla y se quedó apoyado en la mesa, frente a la cama en que reposaba Kolka. Cruzaron una larga mirada, amenazadora por parte del padre, aterrada por parte del hijo.

—¡Bravo!—logró exclamar el borracho después de muchos titubeos—. ¿De modo que el hijo se acuesta sin esperar al padre? ¡Ah, miserable! ¿Para eso me he sacrificado por ti toda la vida?

Se fué hacia Kolka y levantó el puño al llegar junto al lecho.

El muchacho, mudo de horror, se encogió contra la pared.

Iba a lanzar un grito, pero el puño de su padre le tapó la boca.

El borracho perdió el equilibrio y cayó sobre el lecho, lo cual aprovechó Kolka para saltar de la cama, gritando horrorizado.

Se quedó en el comedor, a la expectativa y otra vez su padre se fué hacia él. Entonces gritó más el muchacho. Un grito de horror

y de angustia, tanto por el dolor material de los golpes, como por el moral de ver a su padre convertido en agresor suyo.

Varias veces los serios puños del alcohólico alcanzaron la cabeza del adolescente haciendo saltar del rostro salpicaduras de sangre.

Mucho resistió Kolka antes de tomar aquella determinación, pero, por fin, vencida su voluntad, vencido su heroísmo, se lanzó a la calle y corrió a través de la nieve.

VI

La batida

Había aumentado la violencia del viento. Nevaba muy poco, pero las ráfagas arrastraban oleadas de un polvillo helado que parecía perforar la piel del rostro.

Kolka se vió solo en medio de la inmensidad nevada de la llanura. Nieve y viento por todas partes. Soledad y un signo de dolorosa interrogación en cada horizonte.

El viento le ofreció una tregua y entonces Kolka tendió al azar el brazo y dijo:

—Hacia allí.

Y hacia allí se encaminó.

No le importaba la dirección de

su marcha. Sólo le interesaba alejarse de aquella casa que siempre había sido para él un dulce hogar y que ahora sólo le ofrecía el dolor, la vergüenza y la deshonra.

\* \* \*

Una caravana de camiones se había desparramado por la ciudad en direcciones distintas.

Los vehículos iban deteniéndose en todos los pórticos, a la entrada de los callejones sin salida, ante todas las guaridas de la gente maleante. Los agentes de la autori-

dad bajaban provistos de linternas y, poco después, volvían con un cordón de muchachos que vociferaban groseramente.

A veces, entre los sucios rostros de los golfillos que eran conducidos en masa a los camiones, se veía algún rostro de mujer, pintarrajeado como el de un clown y con las huellas de la pública deshonra en él. Eran, generalmente, adolescentes envejecidas por el vicio. Su voz enronquecida por el vodka y por el tabaco, se sumaba a las feroces protestas de sus compañeros de infortunio y daban más quehacer que ellos cuando los agentes trataban de conducirlos a los camiones.

Una casucha en las afueras, medio sepultada por la nieve.

Bajaron los agentes provistos de linternas.

—¡Cuidado!—recomendó uno. —Vamos a entendérmolas con los rateros más rebeldes de Rusia.

Apartaron la nieve de la puerta, que no era tal sino un hueco de entrada, y penetraron en el recinto.

Todos los malos olores se con-

fundían allí, dando a la atmósfera una densidad que no podía disipar el frío intenso.

Los círculos luminosos de las linternas descubrían aquí y allá formas humanas, amontonadas con el mismo desorden que si hubieran sido arrojadas allí por los camiones destinados a la recogida de basuras.

El rostro de Mustafá, el "Presuntuoso", destacó en un rincón sobre una grotesca imitación de almohada.

Mustafá dormía solo. No toleraba gente a su lado. En el mundo hay categorías.

El fué el primero en abrir los ojos y descubrir la presencia del enemigo.

Y el fué el que dió la voz de alarma:

—¡La policía!

Al mismo tiempo, se puso en pie de un salto y dió otro de tigre para caer sobre el agente que le enfocaba con su linterna.

Instantáneamente quedó entablada una lucha feroz que fué aumentando en intensidad conforme los moradores de la guarida iban

despertándose y sumándose a la batalla.

—¡A las linternas! ¡A las linternas!—gritó Mustafá, que ya había logrado arrebatarse la de su contendiente.

Pero todo fué inútil. Después de unos minutos de lucha desespera-

da, la cuadrilla entera de golfillos cayó en poder de la autoridad mientras Tchastuchka, el jefe mayor y otros cómplices dormían tranquilamente en su confortable hogar, al que no tenían derecho de entrada los infelices huérfanos que robaban para ellos.

VII

Frente a la Junta

Era ya de día cuando aquel montón de escorias humanas fué introducido en el domicilio de la "Junta protectora de jóvenes sin hogar".

Todos quedaron encerrados en una espaciosa estancia, especie de antesala de la habitación donde la Junta protectora estaba reunida. Mustafá se encargó de hacer la espera agradable a sus colegas con sus feroces payasadas.

Uno a uno, iban desfilando ante la junta. Dos secretarios, sentados a un lado de la mesa, apuntaban nombres y otros detalles en largas listas si no estaban ya apun-

tados a raíz de batidas anteriores.

La junta estaba formada por una mujer y cuatro hombres.

Todos menos uno habían adoptado una actitud de gravedad dura y hostil. Todos opinaban que la obra que les estaba encomendada revestía extrema importancia y requería el empleo de todos los rigores.

El único rostro joven y alegre que se veía en el tribunal era el del ingeniero Sergieff.

Desfiló el primer "joven sin hogar". Un muchacho de faz horrible y mugrienta.

—¿Cómo te llamas?

—El "Pintas".

—Digo de nombre.

—El "Pintas".

—Ese será tu apodo, pero te pregunto tu verdadero nombre.

—No tengo más que ese.

—¡Qué le vamos a hacer! Apuntaremos el apodo.

El secretario apuntó.

Volvió el presidente a preguntar:

—¿A qué te dedicas?

—Unas veces a pedir limosna.

Otras, a tomarla sin pedirla.

—¿Tienes alguna enfermedad?

—Sí.

—¿Cuál?

—Hambre.

—¿Has estado en un asilo?

—No.

—Está bien. Sala número uno. Otro.

Un agente trasladó al "Pintas" a la sala número uno y llamó a otro de los que esperaban.

Tocó el turno a una joven que penetró en la sala con un pitillo en la boca.

El agente se lo quitó. Protestó la muchacha arrojando por la bo-

ca un raudal de palabras inconfesables. Después se encaró con el presidente.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo se llama usted?

—Ana.

—¿Qué más?

—No tengo más que eso, y gracias.

—¿Ha robado usted alguna vez?

—Eso lo habrá hecho usted, si acaso. Yo soy una mujer honrada.

—Limítese a contestar a lo que le pregunten.

—¡Pues no me insulte!

—Bueno, bueno. ¿De qué vive usted?

—De lo que sale. A veces bailo en las tabernas. A veces los hombres no se conforman con bailes, y...

—¡Basta!

—¿Alguna enfermedad?

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo que está enferma?

—Desde que empecé a hacer esta vida.

—No diga usted más. Ya sabemos qué enfermedad es.

Y añadió dirigiéndose al agente:

—Sala número uno de mujeres.

Momentos después aparecía por la puerta el rostro de Mustafá.

—¡Hola, muchacho! Creo que le conozco.

—Y yo a usted, por desgracia.

—¿Ha estado aquí otras veces?

—Muchas.

—Diga usted su nombre.

—Mustafá el "Presuntuoso".

—¡Ah, sí! ¡Caramba! Pero creí que estaba usted recluso en un asilo.

—Estuve un día y me escapé. He estado tres días en otros tantos asilos.

Y se echó a reír abriendo desmesuradamente la boca. Reía tan estúpidamente y de tan buena gana, que la hilaridad se contagió a los miembros de la junta.

—¿Y usted no sabe que es un delito escaparse de nuestras casas de caridad?

—También es delito robar y robo.

Se echó otra vez a reír tan es-

túpida y escandalosamente como antes y el tribunal se dió cuenta de que estaba ante un caso de inmoralidad empedernida.

El presidente suavizó el tono de su voz para decir:

—Bueno. Vamos a ver si nos ponemos de acuerdo. ¿A qué asilo quiere usted ir?

—A ninguno.

—Eso no puede ser. Elija el que menos le desagrade.

Mustafá se puso repentinamente serio y se encaró retadoramente con el tribunal.

—He dicho que no quiero ir a ningún asilo y, me lleven al que me lleven, me escaparé.

El presidente dijo con voz grave:

—Sala número dos.

Y añadió dirigiéndose al secretario:

—Anote usted: "Rebeldía recalcitrante y peligrosa."

Y el cuarto de los reincidentes se abrió para Mustafá.

VIII

¿Dónde está Kolka?

Sólo un grupo de "elegidos" pasó a la sala número dos. Entre éstos figuraban Mustafá, el "Rojo" y todos sus colegas, pues todos tenían méritos sobrados para estar allí. El que no se había escapado, como Mustafá, tres veces de otros tantos asilos, había agredido a un agente o se había escabullido del camión en que los conducían al domicilio de la Junta.

Los demás estaban en la sala número uno. Eran los que por primera vez se presentaban ante el tribunal y los que por primera vez serían reclusos en instituciones oficiales.

Aun no había terminado el interrogatorio cuando el padre de Kolka se presentó en el domicilio de la Junta.

Estaba pálido, abatido, como dominado por un profundo sufrimiento.

No había dormido en toda la noche.

Al ver que Kolka huía, trató de alcanzarle, exasperado por el hecho de que se le escapara de las manos cuando estaba desahogando la crisis de furia que le enloquecía.

Al perseguirle, tropezó y cayó de bruces en el umbral.

—¡Se ha escapado!—balbuceó—. ¡Me las pagarás, maldito!

Pero, al intentar levantarse, advirtió que la cabeza le pesaba extraordinariamente y que no quedaba un átomo de fuerza en sus miembros.

Entonces decidió permanecer allí hasta que aquel estado anormal pasara y sus miembros recobrasen la perdida energía.

¿Cuánto tiempo pasó así? No lo sabía. Quedó sumido en un sopor muy diferente al sueño normal.

Sus sentidos seguían abiertos a las sensaciones, aunque las percibían de un modo incompleto y confuso.

De pronto, se dió cuenta de que la luz del día penetraba por los resquicios de los balcones.

Como si despertara de un sueño, notó que su cuerpo había experimentado una recuperación de facultades. Sus miembros se movían con pesadez, pero sin torpeza. Sus pensamientos se desenvolvían lentamente, pero dentro de la realidad.

Se levantó, abrió los balcones. Un raudal de luz inundó la es-

tancia. Vió la cama vacía y entonces recordó horrorizado todo lo que había ocurrido en aquella noche espantosa.

El arrepentimiento le desgarró el corazón. Un periódico abandonado sobre un mueble constituyó para el alcohólico una revelación terrible.

Una batida... Muchachos sin hogar... Kolka, solo en medio de la noche...

Salió inmediatamente en dirección del domicilio de la Junta. Y así fué cómo llegó ante el tribunal.

Le dejaron entrar, en vista de lo angustioso de su demanda. Y, a una pregunta del presidente, contestó él con otra.

—¿Está aquí Kolka Rebroff?

—¿Qué tiene usted que ver con ese joven?

—Es mi hijo.

Estas palabras parecieron un sollozo.

Se repasaron las listas de los inscritos.

—No hay aquí nadie que lleve ese nombre ni otro parecido. Vea usted si está entre los que quedan.

Un agente condujo a Rebroff a la sala donde permanecían los que no habían desfilado aún ante el tribunal.

Eran aún lo bastante numerosos para dar una impresión de amontonamiento.

Los ávidos ojos de Rebroff pasaron de rostro en rostro. Ellos se dejaban examinar con indiferencia. Estaban cantando para entretenerse.

*Y yo soy un chico extranjero, olvidado*  
[de los hombres.

*Y yo soy un chico extranjero, olvidado*  
[de los hombres.

*Olvidado, renegado, desde mi tierna*  
[infancia.

*Me quedé huérfano; nunca conocí la*  
[felicidad.

*Me quedé huérfano; nunca conocí la*  
[felicidad.

*Moriré así, moriré y me enterrarán,*

*y nadie sabrá dónde estará mi tumba,*

*Nadie vendrá a visitar mi tumba.*  
*Sólo el ruiseñor, muy cerca, cantará en*  
[la primavera.

*Sólo el ruiseñor, muy cerca, cantará en*  
[la primavera.

Y la mirada angustiosa de Rebroff iba de rostro en rostro, en un repetido fracaso de sus esperanzas.

Una boca de dientes rotos, de comisuras supurantes... No, no era aquel su hijo.

Y cantaba el coro:

*"Moriré así, moriré y me enterrarán."*

Otro semblante. Ojillos cegados por la suciedad, faz redonda, de imbecilidad e indiferencia. Tampoco era aquel su hijo.

*"Nadie vendrá a visitar mi tumba."*

El canto era un grito crudo y desgarrador en aquella boca crispadamente abierta. No, no era aquel su hijo.

Y, uno a uno, todos los rostros fueron asietados por la ávida mirada de Rebroff.

Y ninguno, ninguno era el de su hijo...

IX

Plan de resurrección

El ingeniero Sergieff, aquel hombre de rostro simpático e inteligente, no estaba de acuerdo con los planes de sus compañeros.

Los muchachos de la sala primera ya estaban repartidos entre diversas casas de caridad. Pero ¿y los de la sala segunda? ¿Era prudente ponerlos en el trance de una nueva fuga enviándolos a un nuevo asilo?

—Habrà que pensar en la cárcel—dijo uno de los miembros de la junta.

—¡Yo no pensaré jamás tan cruelmente!—protestó Sergieff.

—¿Pretende usted que nos demos por vencidos?

—En modo alguno. Hay que luchar hasta el fin. Otra cosa, sería apartarnos de nuestro deber.

—¿Tiene usted algún plan?

—Sí.

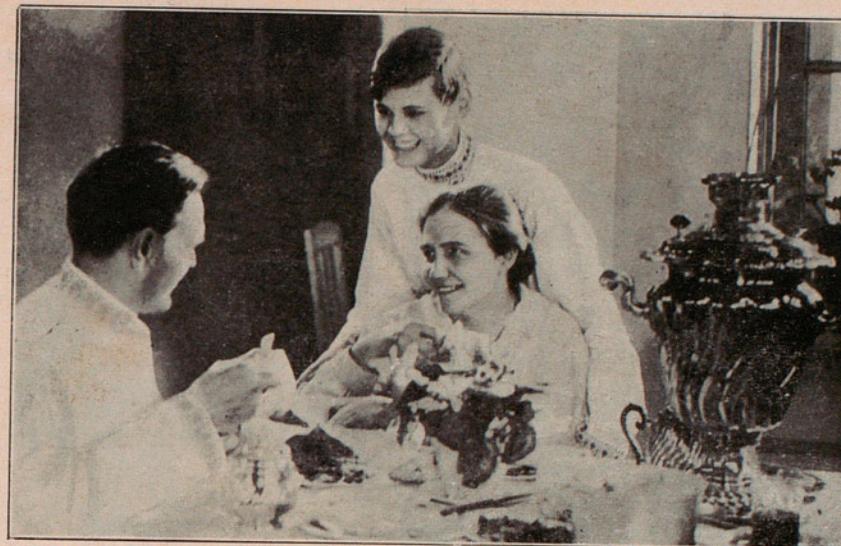
—¿Un plan de resurrección?

—Sí.

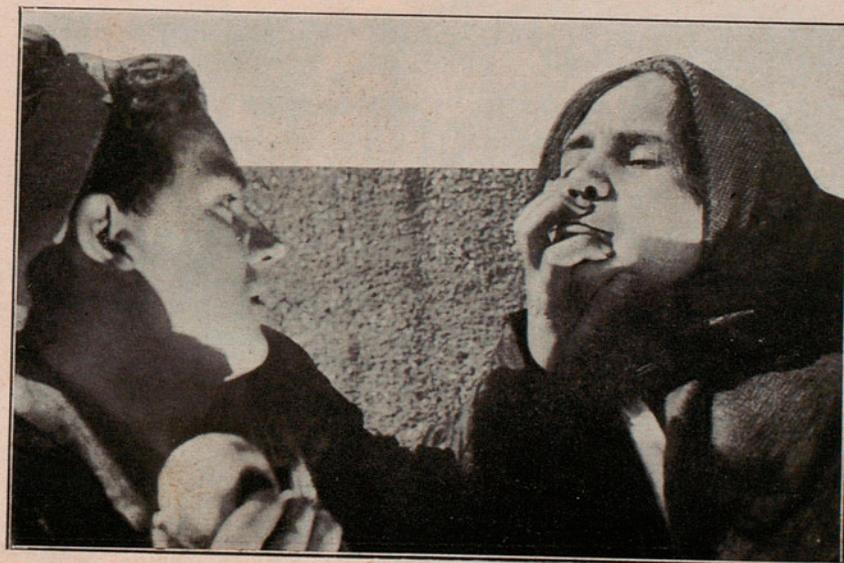
—Le anticipo el fracaso. No conozco el plan, pero conozco su carácter. Persuasión, dulzura, suavidad... Todo eso se estrellará en pocos minutos contra la rebeldía innata y la perversidad congénita de esos muchachos.

—Sin embargo, pido a ustedes un voto de confianza.

—Antes nos habrá de dar aun-



— Seguiré tu camino, papá.



... la madre de Kolka intentó vender las manzanas.



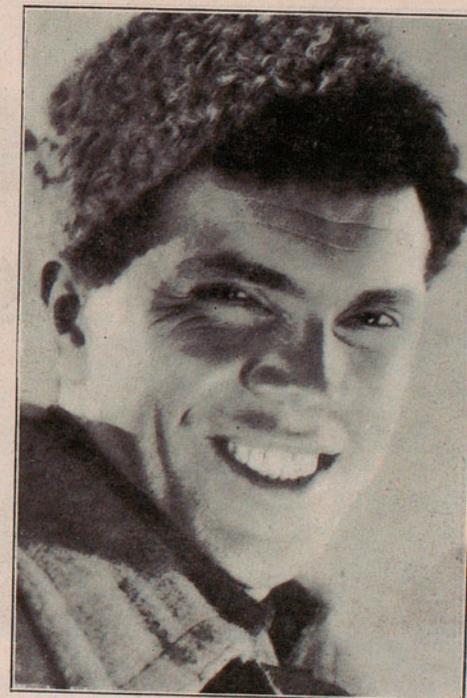
... se incorporó en el lecho y vio el rostro demudado de su padre.



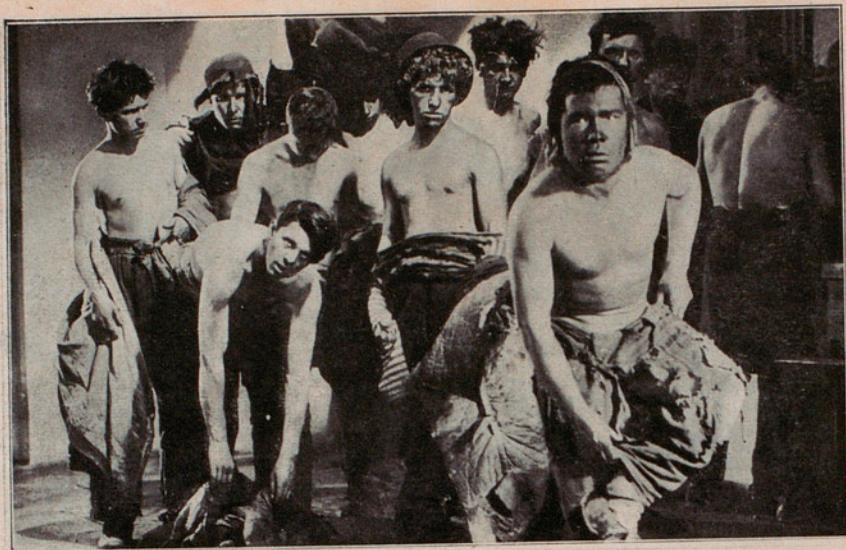
... cuando aquel montón de escorias humanas fué introducido en el domicilio de la «Junta protectora de jóvenes sin hogar».



Mustafá se encargó de hacer la espera agradable a sus colegas...



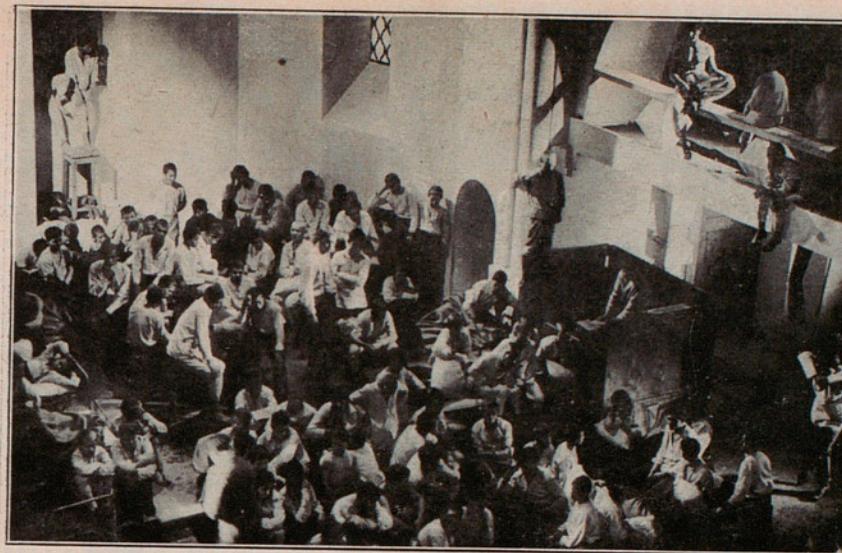
El único rostro joven y alegre que se veía en el tribunal era el del ingeniero Sergieff.



... todos los forsos quedaron desnudos...



—¡Esto es canela fina!



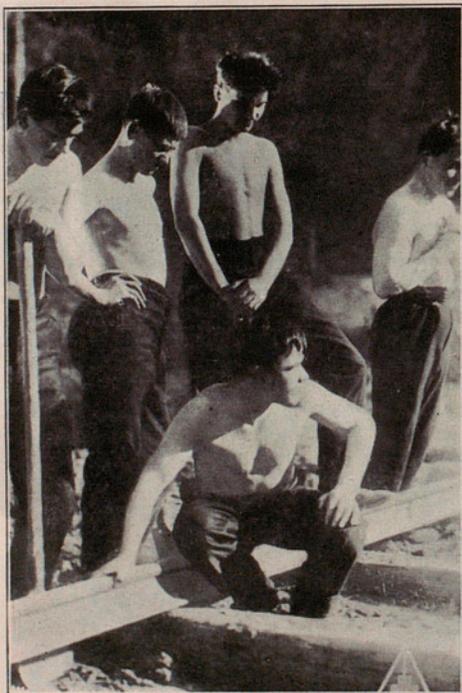
La masa rebelde irrumpió arrolladoramente en la fábrica.



Puso en marcha el minúsculo convoy...



Los trabajos estaban ya muy adelantados.



... aquellos torsos desnudos, aquellos brazos potentes, ofrecían el bello espectáculo de su esfuerzo constante y entusiasta.

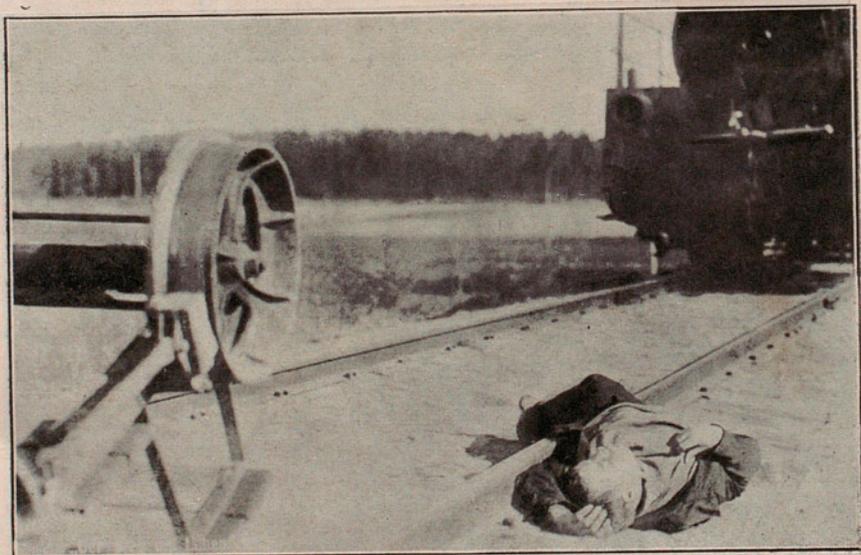
Mujeres de rostro sensual..



Mustafá pidió de pronto música y se puso a bailar.



Mustafá guiñó un ojo a su amigo y le dijo algo en voz baja.



Tendido en medio de la vía, al lado de la volcada vagoneta, está Mustafá.

## E L C A M I N O D E L A V I D A

que sea una ligera referencia de su plan.

—Montar una fábrica y purificarlos con el trabajo.

Todos sonrieron burlescamente.

El que había mantenido la discusión con Sergieff, exclamó:

—¿No lo dije? Usted sueña, camarada Sergieff. Sin embargo, cuente usted con mi voto.

—Gracias. ¿Y ustedes?

—Por mí—declaró el único miembro femenino de la junta—no encontrará usted obstáculo para llevar a cabo su experiencia.

Los demás depositaron también su confianza en el ingeniero, pero no porque creyeran en la eficacia del plan, sino para que no se les tachara de intransigentes.

\* \* \*

Entró Sergieff en la sala número dos.

Mustafá, que conocía al dedillo las costumbres de la casa, exclamó:

—¡A desnudarse todo el mundo! El doctor viene a reconocernos.

Sergieff no les quiso contrariar. Estaba dispuesto a llevarles en todo la corriente.

Con admirable rapidez todos los torsos quedaron desnudos y Sergieff, uno a uno, los fué examinando.

—¡Bravo! Todos somos hombres fuertes.

—¿Sabéis lo que eso quiere decir, muchachos?—exclamó Mustafá—. Pues que no nos llevarán a un hospital, sino a un asilo. De modo que más nos hubiera convenido estar enfermos. En el hospital, puertas y ventanas permanecen abiertas.

Sergieff forzó una carcajada y todos miraron al ingeniero con un gesto de extrañeza. No esperaban que las cínicas declaraciones de Mustafá provocaran la hilaridad del "secuestrador".

—El gran Mustafá—exclamó el ingeniero—se ha tirado una plancha mayúscula. Nosotros somos hombres sanos, jóvenes fuertes... ¿Qué demonio tenemos que hacer en un asilo?

La expresión de perplejidad aumentó en todos los rostros.

Sólo Mustafá creía poseer la clave de la actitud de Sergieff.

—¡Cuidado, amigos! Nos están tomando el pelo.

Pero el ingeniero lo desarmó con una carcajada llena de cordialidad.

—No hagáis caso a este embustero. Yo digo que no iréis a ningún asilo, a ningún hospital ni a ningún sitio semejante y me podéis creer.

Se había sentado en uno de los bancos de madera que había en el recinto.

El "Rojo" se encaró con él.

—Entonces ¿qué va usted a hacer con nosotros? ¿Es que ni siquiera tenemos derecho a saberlo?

—¡Vaya si lo tenéis! Y os lo voy a decir en seguida.

Todos le rodearon con expectación.

—Es muy sencillo lo que os voy a proponer. Se trata de un magnífico negocio. Estoy montando una fábrica-comunidad en un antiguo monasterio.

Aquello de fábrica sonó muy mal en los oídos de los muchachos, acostumbrados al ocio.

—Bien entendido—se apresuró a explicar Sergieff—que yo no obligo a nadie. Desde este momento estáis en libertad. Yo tengo un negocio y os lo propongo. Yo sé que vosotros sois como sois porque no tenéis trabajo. Pues bien, os lo doy y en paz. Pero no para explotaros. No, no tengo carácter para eso. Vosotros seréis obreros y dueños, todo en una pieza. Yo también trabajaré. Trabajaremos todos. Pero sin imposiciones de ningún género. Cada uno trabajará lo que le venga en gana. Tendremos carpintería, zapatería, taller de mecánica...

Se detuvo. Los muchachos le miraban ferozmente.

Aquellas palabras "zapatería, carpintería, taller de mecánica" equivalían para ellos a algo peor aún que "asilo y cárcel".

—¿Qué os parece?—preguntó Sergieff no dando importancia a aquella actitud.

—Lo que me parece—repuso Mustafá ferozmente—es que tú quieres secuestrarnos. No te contentas con tenernos encerrados si-

no que quieres sacar provecho de nuestro encierro.

Y lanzó este grito de alarma:

—¡Compañeros, quiere hacernos trabajar!

Como si sólo esperaran el ejemplo de Mustafá, todos se abalanzaron sobre el ingeniero, acaso con ánimo de lincharlo. Pero la simpática sonrisa de Sergieff y su expresión de sincera cordialidad obraron sobre ellos a modo de freno.

Por eso se limitaron a arrojar sobre él una arrolladora catarata de insultos.

Todos gritaban, todos protestaban contra los "terribles" propósitos del ingeniero. Y lo peor era que la exasperación aumentaba. Entonces tuvo Sergieff una genial idea. Sabía la pasión de aquellos muchachos por los pitillos. En el bolsillo llevaba una caja sin empujar. La sacó, la abrió y la ofreció al iracundo corro.

Unos se rindieron inmediatamente. Otros despreciaron los pitillos para continuar vociferando. Pero aquéllos encendieron los ci-

garrillos inmediatamente y el humo constituyó una tentación demasiado fuerte para los que habían decidido resistir. A los pocos momentos, todas, absolutamente todas las bocas estaban ocupadas en la operación de saborear los pitillos.

El "Rojo" era uno de los más convencidos.

—¡Esto es canela fina!—exclamó después de lanzar lentamente una bocanada de humo.

—¡Ya lo creo!—ratificó Mustafá, que también presumía de fumador.

Y todos hicieron grandes alabanzas del tabaco del "secuestrador".

Aquellos momentos de paz fueron aprovechados por Sergieff para decir:

—Bueno. Aquí os dejo para que lo penséis. Esta tarde mismo podríamos partir. Pero, oído bien: no quiero forzar a nadie. Cada uno es dueño de sus actos.

Y se fué, dejándolos con el pitillo en la boca.

X

El viaje

Apurado el cigarrillo, los muchachos comenzaron la discusión acerca de la oferta de Sergieff.

Unos seguían creyéndole un secuestrador disimulado. Otros opinaban que Sergieff era un hombre sincero.

Pero el "Rojo" atacó la cuestión de un modo práctico.

—No nos importan las intenciones de ese tío. Lo único importante aquí para nosotros es que este viaje nos ofrecerá a cada minuto una ocasión para escaparnos.

Las palabras del "Rojo" fueron acogidas con rumores de aproba-

ción. Pero Mustafá opuso estas suspicacias:

—¿Crees que nos van a dejar ir sueltos por la calle? Toda la policía de la ciudad cubrirá nuestra carrera.

—Eso lo doy por descontado.

—¿Entonces?

—Para el que se ha escapado de los asilos y de las casas de corrección no es ningún problema huir cuando se encuentra en plena calle. Además, es un viaje lo que vamos a hacer. Seguramente, durará toda la noche. Ni siquiera hace falta formar planes para que

Sergieff llegue solo al punto de destino.

Por una vez, la soberbia de Mustafá se rindió a los razonamientos del "Rojo" y exclamó:

—Me has convencido, muchacho. Veo que sabes algo más que arrojar piedras con puntería.

Y, dirigiéndose a la asamblea:

—¡Muchachos, queda aprobada la proposición del ingeniero Sergieff!

\* \* \*

Pero aquel viaje les reservaba una serie de continuas y desconcertantes sorpresas.

Primera. Llegado el momento de partir, el ingeniero dijo: "Vamos, muchachos." Y emprendió la marcha delante, sin preocuparse de ellos. Abría las puertas y las dejaba de par en par. Ningún agente para acompañarles. Nada que probara su calidad de secuestrador en aquel viaje. Con su actitud, el ingeniero parecía querer decir: "Sois libres de seguirme, quedaros, huir o hacer lo que os venga en gana."

Pero todos, después de mirarse con perplejidad, le siguieron.

Segunda sorpresa. Ni un solo guardia en la calle, cuando creían encontrar "cubierta la carrera".

Sergieff emprendió la marcha delante, sin volverse.

Los "secuestrados", después de comunicarse por segunda vez su perplejidad con la mirada, le siguieron.

La confianza de que en cualquier momento podrían darse a la fuga, les movió a abandonar de momento aquella idea.

Pasaron por el centro de la ciudad. La vorágine del tráfico les ofreció allí múltiples ocasiones para poner en práctica sus planes.

Iba Sergieff tan distanciado de ellos, que a veces un tranvía los separaba y se detenía poniendo entre el ingeniero y los muchachos una barrera de impunidad.

Pero los muchachos, como atraídos por el generoso proceder del guía, como arrastrados por su propia confianza, le seguían tan pronto como el paso quedaba libre.

Y así llegaron hasta la estación.

Fué entonces cuando se les ofreció la máxima sorpresa. El ingeniero se dió cuenta de pronto de que no tenían víveres para el viaje y exclamó:

—Se nos ha olvidado lo principal.

E hizo un cómico y significativo gesto moviendo los dedos ante la abierta boca.

Consultó el reloj y añadió alegremente:

—Pero el olvido se puede remediar. Tenemos un cuarto de hora de tiempo.

Extrajo unos billetes del bolsillo y los puso en la mano de Mustafá.

—Toma. Tú tienes cara de correr mucho. Ve a comprar comida para el viaje.

Mustafá se quedó como el que ve visiones. Era la primera vez que ponían dinero en su mano. Jamás había tocado un billete sin tener que "birlar" antes una cartera o un bolso de señora.

El ingeniero le cogió por los hombros, le obligó a dar media vuelta y le empujó con la planta del pie.

El procedimiento era muy conocido entre Mustafá y sus colegas. Todos se echaron a reír, especialmente Mustafá, que se alejó vertiginosamente, asustando con sus estrepitosas carcajadas a la multitud que llenaba el andén.

Y pasaron cinco, diez minutos...

El ingeniero comenzaba a consultar su reloj con un gesto que no era precisamente de alegría y de confianza.

Los muchachos habían ocupado ya un vagón y bromeaban y reían como si el viaje que iban a emprender fuera de recreo.

Sólo Sergieff, un pie en el andén y otro en el estribo, no participaba de la alegría de sus compañeros de viaje.

Faltaban dos minutos, faltaba un minuto...

Y Mustafá no regresaba.

Los ojos de Sergieff se fijaban ávidamente en la puerta de entrada, situada al final del andén.

De pronto, el jefe de estación hizo sonar el pito. Silbó la máquina y el convoy arrancó pausadamente.

Sergieff subió al vagón y se

mezcló con el rebaño de rebeldes.

Su presencia y su actitud de abatimiento provocaron un silencio repentino en la masa juvenil y vociferante.

Y, como respuesta a aquella actitud de expectación, dijo el ingeniero:

—Mustafá no ha regresado...

\* \* \*

Ya había arrancado el convoy, cuando Mustafá irrumpió en el andén, apurado y jadeante.

Iba cargado de paquetes y, a cada momento, le caía uno u otro, obligándole a detenerse para recogerlo. Esto le encolerizaba, porque era un obstáculo para el triunfo de su carrera y perjudicaría a la fama de corredor que el ingeniero le había atribuído, halagando su vanidad.

Pero el empeño que Mustafá puso en el triunfo era demasiado grande para que fracasara.

Corrió velozmente y alcanzó el vagón de cola a costa tan sólo de

abandonar un par de panecillos en el andén.

Arrojó la carga en la plataforma posterior y, al mismo tiempo que aumentaba la velocidad del tren, saltó con decisión al estribo.

Los empleados de la estación le vieron agitar alegremente los brazos, recoger la mercancía y desaparecer por la puertecilla trasera del último coche del convoy.

Aun reinaba un silencio angustioso entre los camaradas de Mustafá. Aun miraba Sergieff a través de la ventanilla para disimular la dolorosa desilusión que había experimentado, aun flotaba en el ambiente la triste declaración: "Mustafá no ha regresado"...

De pronto, el ingeniero oyó un grito triunfal.

—¡Campeón!

Y, al volverse, vió a Mustafá en el umbral del vagón, abrazado a una complicada carga de paquetes.

Todos se volvieron al mismo tiempo que Sergieff, y éste, dominado de pronto por una alegría irrefrenable, se echó a reír estrepitosamente.

Mustafá replicó del mismo modo y, como no hay nada tan contagioso como la risa, todos los compañeros de Mustafá les acompañaron, formando un coro atornador, que ahogó los ruidos del tren, lanzado ya vertiginosamente a través de las llanuras heladas.

Cuando cesaron las risas, Mustafá exclamó:

—¡Pero todavía no sabéis lo más gracioso!

Y, después de depositar la carga visible sobre el asiento, se frotó las manos, introdujo una de ellas entre el destrozado chaleco y la camisa, y sacó un enorme salchichón.

—Esto—explicó guiñando un ojo—no ha entrado en la compra.

De nuevo se echaron todos a reír todavía de mejor gana que antes.

Pero esta vez las carcajadas se fueron extinguiendo en seguida, al ver que Sergieff, lejos de acompañarles en su regocijo, miraba a Mustafá severamente.

—No vuelvas a hacer eso, Mustafá. Te he dado dinero bastante para que compraras todo cuanto quisieras. Tu acción no está justificada en modo alguno.

Y, por primera vez, los rebeldes admitieron en silencio una censura.

XI

**El camino firme**

La única mujer que formaba parte de la Junta había recibido un telegrama de Sergieff.

El telegrama decía simplemente:

“Hemos llegado *todos*.”

Pero ¡cuántas cosas encerraban aquellas tres palabras! “Habían llegado *todos*.” No se había escapado ninguno, a pesar de que ante ellos se abría libremente el camino de la libertad al mismo tiempo que el del trabajo. ¿Qué maravilloso poder de seducción habría puesto en juego Sergieff para realizar aquel milagro?

Aquel noble corazón de mujer se sintió agitado por una emoción profunda, por una luminosa alegría.

Blandiendo el telegrama, corrió a dar la noticia a sus compañeros de lucha.

Y todos, hasta los que más seguros estaban del fracaso de Sergieff, se felicitaron de poderse dar por vencidos en aquella primera etapa del audaz proyecto.

Al mismo tiempo, muy lejos de aquella ciudad y de todas, en la soledad inmensa de la estepa nevada, a muchas horas de la esta-

ción del ferrocarril y del puerto más cercanos, los "rebeldes" hacían sus primeros ensayos en el monasterio convertido en fábrica.

Cada sección tenía un maestro para enseñar los diferentes oficios, pero sin autoridad ninguna sobre los obreros. Ellos mismos se elegirían sus jefes y adoptarían las normas de disciplina que creyeran oportunas.

Se habían apiñado todos alrededor del maestro zapatero. Era interesante aquel trabajo. Un trozo de cuero extendido sobre una mesa, y, encima, un patrón del mismo material. El maestro apoyaba la mano izquierda sobre el patrón sujetándolo firmemente y, con la derecha, empuñaba la cuchilla cuya punta iba cortando la pieza de cuero con ligereza y seguridad.

—¿Quién de vosotros se atreve a hacer eso?—inquirió Sergieff.

Y nadie contestó. Todos preveían el fracaso. No sólo hacía falta un pulso seguro, sino una fuerza extraordinaria. Ellos habían visto cómo se hinchaba la muñeca del maestro al hacer co-

rrer la cuchilla cuya punta estaba clavada en la pieza de cuero.

—¿Nadie se atreve?—inquirió el ingeniero.

De pronto, un recuerdo acudió al pensamiento de Mustafá... Una señora parada ante un escaparate. Lleva un magnífico abrigo de pieles. Mustafá sabe que ese abrigo tiene un bolsillo interior, pero desconoce el punto exacto en que está emplazado el bolsillo. Este emplazamiento es para él de suma importancia, porque tiene el propósito de cortar el bolsillo. En vista de ello, se acerca cautelosamente. Su mano, armada con una hojita de afeitar, corta con seguridad y limpieza un gran trozo de la mitad inferior del abrigo. Ante la duda de si el bolsillo estará unos centímetros más aquí o unos centímetros más allá, se lleva un metro de piel que, por otra parte, podrá vender a buen precio. La señora, sin darse cuenta, ha continuado su camino. De pronto, nota un frío extraño, inexplicable, en las piernas y bastante más arriba de las piernas. ¿Se habrá mojado? Para comprobarlo, se lleva una mano a

la parte del cuerpo donde nota la sensación extraña y entonces se da cuenta de lo sucedido. Mustafá, oculto en una esquina, ríe de buena gana al advertir el terror de la señora, que corre de un lado a otro, alocada, sin saber dónde esconderse. ¡Con lo que está enseñando!

Ante esta evocación, Mustafá reía también ahora y no precisamente por lo cómico del hecho, sino por la satisfacción que le produce el recordar su dominio del "éstilete", como él acostumbraba llamarle. Su pulso y su muñeca habían adquirido un considerable entrenamiento debido a la continuidad con que esta operación se repetía, lo mismo en vestidos de mujer que en trajes de hombre.

Todos estos recuerdos habían sido tan rápidos, que aun resonaban en el ambiente las palabras burlonas de Sergieff, cuando Mustafá exclamó altivamente:

—¡Yo me atrevo!

Y preparó el patrón sobre un nuevo trozo de cuero y empuñó la cuchilla.

Inmediatamente se dió cuenta

de que cortar aquel durísimo material no era cortar el paño de los trajes o las pieles de los abrigos, pero no por eso desmayó.

Cinco, diez minutos de lucha. El sudor bañaba su frente a pesar del frío. La mano le temblaba al borde del agotamiento. Pero, al fin, triunfó la voluntad, y la pieza quedó cortada.

Sergieff le golpeó la espalda y le sacudió efusivamente:

—¡Bravo, Mustafá! Eres un héroe. Pronto serás uno de los mejores zapateros de Rusia.

Pasaron después a la sección de carpintería y allí fué el "Rojo" el que se lució. Manejaba las herramientas con facilidad de malabarista. Tenía una vista admirable para apreciar la exactitud de las proporciones y la perfección de las líneas.

Y así como con Mustafá se habían quedado buen número de compañeros en la sección de zapatería, el "Rojo" arrastró a su sección a otros tantos.

Los restantes se quedaron en la sección de mecánica.

Pero ¿en qué había parado el

propósito de fuga? Nadie pensaba ya en ello. Por lo menos, en aquel primer día de trabajo nadie pareció acordarse de lo que habían ido olvidando por el camino.

Primero fué el baño lo que les transformó. De las duchas de agua caliente aquellos cuerpos salieron más ágiles, y lo que antes era una capa de suciedad, ofrecía ahora el brillo de la limpieza.

Después se vistieron con ropas modestas y bien lavadas y sintieron como si automáticamente se hubieran duplicado sus energías.

Experimentaban sensaciones, goces jamás gustados. Les parecía como si la limpieza exterior del

cuerpo hubiera penetrado por los poros de la piel para lavarles también interiormente.

Y, durante todo el día, se oyó en el antiguo monasterio el golpear del martillo sobre el hierro, el deslizamiento del cepillo sobre la madera, el rumor de la sierra y de la lima, concierto magnífico en el que aquellos muchachos encontraron inesperadas bellezas.

Era que las energías almacenadas en sus cuerpos jóvenes encontraban el alivio de la expansión.

Era también que al fin, para marchar por la vida, habían pisado un camino firme.

XII

**Robo frustrado y robo con devolución**

Estaban preparadas las grandes mesas. Humeaba la sopa en las calderas. Los platos formaban largas filas. Sólo los cubiertos faltaban. Pero ¿dónde estaban los cubiertos? El encargado del comedor y pinche de cocina se había encontrado el cajón vacío al ir a sacarlos.

Sintió tanta vergüenza como si fuera él el autor del robo y otro lo descubriera.

Mustafá, que se adelantó a entrar en el comedor, recibió la noticia con desagrado. Ya casi ni se acordaba de que había una acción humana que se llamaba robo.

—¿Qué dirá Sergieff?—exclamó el pinche.

—Por ese lado estoy tranquilo. No creo que Sergieff diga nada.

—¿Qué haremos?

—Lo mejor es callar. El papel de soplón no me ha gustado nunca. Por otra parte, ya se cuidará el cocinero de irle con el cuento a Sergieff.

En efecto, el cocinero, apenas advertida la desaparición de los cubiertos, puso a Sergieff al corriente de lo ocurrido.

El ingeniero experimentó viva contrariedad. Le dolió como si el acto fuera contra su propia honra.

—¡Ese demonio de...!

Se mordió los labios.

—¿Acaso sospecha usted de alguien?

—Conozco al autor de la broma.

—¿De la broma?

—Sí—mintió el ingeniero—. Aquí no roba nadie.

El cocinero estaba seguro de lo contrario, pero, ante el tono enérgico empleado por Sergieff, no se atrevió a emitir su opinión.

—Tengo un cubierto para usted—se limitó a decir.

—Guárdelo hasta que se lo pida. Y ni una palabra sobre lo ocurrido.

Entró en el comedor al mismo tiempo que los jóvenes obreros irrumpían en él arrolladoramente, pues sabido es hasta qué punto el trabajo desarrolla el apetito.

Se sirvieron los platos y surgió el problema. ¿Cómo comer la sopa sin cuchara? Las voces se corrieron rápidamente. "Han desaparecido los cubiertos." "Han desaparecido los cubiertos." Pero todos mostraban igual discreción al recibir y al dar la noticia. Nadie

quería descubrir el acto que podía acarrear la vergüenza y el castigo sobre un compañero. Por otra parte, la mayoría de ellos conservaban aún un concepto especial del robo e incluso se regocijaron en sus adentros como si se hallaran ante una travesura.

Pero todos se dieron cuenta de que el conflicto era más grave de lo que parecía a simple vista.

Y éste fué el motivo que aprovechó Sergieff para llamar al cocinero y pedirle una cuchara.

Sin ni siquiera darse por enterado de la desaparición de los cubiertos, comenzó a comer tranquilamente.

En seguida notó que un haz de miradas se fijaba en él con envidia. Todos tenían apetito y ninguno sabía cómo satisfacerlo.

Mustafá quiso aplicar los labios a la sopa directamente y se quemó la nariz. Otro quiso beberla por el borde del plato y se le derramó sobre los hombros. Y cada uno hubo de sufrir una calamidad distinta.

El segundo plato consistía en una especie de gachas mantecosas

que gozaba de la predilección de los jóvenes obreros.

Pero con ellas el problema fué mucho más grave que con la sopa. Sergieff pidió un tenedor y comenzó a recrear el paladar y el estómago con suma facilidad. En cambio, ellos tuvieron que utilizar las manos, con lo que las gachas se les pegaban en los dedos. Otros adoptaron el sistema de aplicar directamente la boca a las gachas, y el resultado fué todavía peor, pues en un momento se llenaron de gachas hasta los ojos.

Sergieff comía y reía con aquella jovialidad que no le abandonaba en ningún momento. Apenas le quedaban gachas en el plato. El tenedor le había permitido realizar la tarea con rapidez y comodidad.

Aquella sonrisa de satisfacción irritó un poco a Mustafá que, pringado hasta la punta de los cabellos, no había logrado vaciar su apetito y tenía el plato casi lleno.

Nunca le pareció tan detestable el robo como en aquel momento. Si se hubiera encontrado a solas

con el autor del hurto, se habría liado a puñetazos con él.

Esto estaba pensando cuando vió que, a sus espaldas, el perro del cocinero tenía hundido el hocico en su plato. Se dió cuenta en seguida de que ellos, al comer aplicando directamente la boca en el plato, descendían a la condición de cuadrúpedos.

Esto acabó de consumirle la paciencia y, poniéndose en pie, descargó sobre la mesa un tremendo puñetazo.

—¡Mañana han de estar los cubiertos en su sitio!

Había sido un rugido de amenaza y desesperación.

Después dió por terminada la comida.

Todos le imitaron.

Y, a la mañana siguiente, los cubiertos estaban donde siempre habían estado.

\*\*\*

El que había sido jefe de Mustafá era ahora jefe de Kolka.

Lo encontró en medio de la ca-

lle y le ofreció trabajo, esperando sacar buen partido de aquel muchacho que tenía cara de inteligente.

Ahora estaba el jefe ante una barraca del mercado, charlando y discutiendo con el dueño acerca de la adquisición de unas pieles.

Kolka, cerca de él, miraba un par de botas de cuero que pendían en la parte exterior de la barraca.

Una mirada, rápida, disimulada y amenazadora del jefe, le decidió a apoderarse de las botas y a echar a correr.

Pero había procedido con bastante torpeza y el vendedor se dió cuenta del robo.

Comenzó a lanzar gritos. La gente persiguió al ladrón.

Y lo alcanzaron en medio de una calle populosa de la ciudad.

De entre el gentío se destacó un hombre vestido de americana que cayó sobre Kolka y le golpeó brutalmente.

—¡A éstos hay que tratarlos así!—vociferaba mientras sus puños hacían saltar la sangre de la cara de Kolka.

Pero el público no se mostró de

acuerdo con el brutal proceder del hombre de americana, y le quitaron a Kolka de las manos, entregando a los dos al agente de la autoridad que acudió atraído por el tumulto.

El agente se los llevó a los dos detenidos. Al uno por ladrón y al otro por haber maltratado encarnizadamente a un ciudadano ruso.

El hombre de americana quedó en libertad inmediatamente. Llevaba sus documentos en regla y era un funcionario influyente de las repúblicas.

En cuanto a Kolka, también consideraron los jueces que su acción estaba suficientemente castigada y le dejaron marchar.

Pero las enseñanzas del suceso se quedaron tan grabadas en el alma de Kolka como las huellas de los puñetazos en el rostro.

Se separó de la banda. Fueron unos días de hambre, de frío, de dolor moral y material. Caviló mucho. A sus oídos había llegado la noticia de la obra humanitaria de Sergieff. Los que antes habían sido ladronzuelos se fabricaban ahora sus botas. ¿Para qué robar-

las si se las podía uno fabricar? ¿Para qué pasar hambre, frío y todas las calamidades del abandono si había una fábrica-comunidad que ofrecía albergue, comida y trabajo a los que, como él, no tenían hogar ni medios de vida?

El propósito de ir a reunirse con aquellos regenerados del antiguo monasterio convertido en fábrica-comunidad se forjó en su ánimo, y en seguida procedió a ponerlo en práctica.

Su primer trabajo fué reclutar gente. No quería el bien para él solo. Y comenzó a hacer propaganda entre todos los desheredados que a la sazón eran sus amigos, y, por fin, pudo formar una manifestación que condujo a través de las calles de la ciudad.

Se dirigió al domicilio de la Junta, dando vivas y mueras. Kolka iba delante. Quería para él toda la responsabilidad, puesto que, en un

caso de triunfo, sería para él toda la gloria.

Los graves caballeros de la Junta se asustaron al oír los gritos de los manifestantes y enviaron contra ellos a todos los agentes que disponían. Pero el único miembro femenino de aquella comisión protectora, se anticipó a los agentes y se enfrentó con la manifestación.

Entonces pudo enterarse de sus nobles pretensiones y ordenó a los agentes que se retiraran.

—¡Muchachos!— exclamó en seguida—. El trabajo os espera en la fábrica de Sergieff. Yo os llevaré al lado de vuestros amigos regenerados. Yo os abriré la puerta del bien y de la paz.

Y cumplió su palabra aquel mismo día.

Y así fué cómo Kolka, convertido en caudillo de los desheredados, obtuvo un triunfo rápido y completo.

XIII

**Sin trabajo**

Todo iba bien. La fábrica había alcanzado una magnífica producción. Mustafá, el "Rojo", Kolka... Los tres habían demostrado excepcionales aptitudes para el trabajo...

Pero llegó el invierno y las cosas cambiaron. Obstruidas las carreteras por la nieve. Helados los puertos más próximos aunque lejanos. Interceptadas las líneas de ferrocarril más cercanas aunque muy distantes. No llegaban materiales. La nieve había puesto un cerco infranqueable a la aislada fábrica-comunidad. Tuvieron que

suspenderse los trabajos. Y en aquellos cuerpos jóvenes se almacenaron peligrosamente las energías naturales originando una irritabilidad amenazadora.

Sergieff lo comprendió así. Aquellos ímpetus juveniles que no encontraban la válvula de escape del trabajo, reventarían por cualquier punto débil del espíritu.

Y el ingeniero, para salir al paso de aquel peligro, partió inmediatamente para Moscú con el propósito de pedir ayuda a quien podía darla.

Pero el viaje fué demasiado lar-

go. De no se sabía dónde salió un juego de cartas y, también como por arte de magia, llegaron a la fábrica botellas de vodka.

Mustafá y Kolka lograron poner un freno a sus vehemencias, pero el "Rojo" sucumbió.

Jugaba y bebía. El perro del cocinero sucumbió bajo una certera pedrada de aquel campeón de la puntería. Y al verlo caer con la cabeza ensangrentada rió ferozmente. El "Rojo" había vuelto a ser el muchacho de conciencia anestesiada por las amarguras de la vida, el ser irreflexivo, dominado por una locura de perversidad que figuraba en las primeras filas de la delincuencia antes de conocer a Sergieff.

Jugaba y reñía. Bebía y su embriaguez se revolvía en un terrible afán de destrucción ante el que cada vez se sentían más impotentes Mustafá, Kolka y el pequeño grupo que, como ellos, supo sobreponerse a los embates de la anormal situación.

Un día, después de perder jugando a las cartas, de embriagarse y de pelear con cuantos contrincan-

tes se le opusieron, arrastró a la masa juvenil a la rebelión.

—¡Esto ha sido un engaño!— gritó—. Nos han traído aquí para dejarnos morir en esta soledad. Pero todavía hay en nuestros brazos fuerza para la lucha. ¡Compañeros, al combate! ¡Destruyémoslo todo!

Y arrojó la primera piedra contra la fábrica. Un estrépito de cristales y la piedra rodó hasta los pies de Kolka. Era la declaración de guerra. La masa rebelde irrumpió arrolladoramente en la fábrica, destruyendo bancos, máquinas, herramientas, muebles...

Kolka, Mustafá y sus compañeros lucharon heroicamente para impedir los desmanes. Pero nada pudieron hacer. Sólo cuando el "Rojo" cayó agotado, en terrible lucha cuerpo a cuerpo con Mustafá, sólo cuando las energías almacenadas durante el paro forzoso hallaron cumplido empleo, pudo quedar vencido el tumulto.

Y fué entonces cuando Sergieff, de regreso de su viaje, entró en la sala.

\* \* \*

Un triste silencio, de campo de batalla después del combate, flotaba en el ambiente.

Sergieff avanzó lentamente entre los despojos que cubrían el suelo de la fábrica.

En aquel rostro abatido había un gesto de angustiosa desolación.

Ni una protesta, ni un comentario. Sólo esta queja lanzada como un sollozo:

—¡Y yo, mientras, luchando por vosotros!...

Y añadió:

—Yo regresaba contento de haber encontrado la solución y he aquí lo que encuentro al llegar.

Nadie rechistaba. Todos le miraban con una especie de angustioso arrepentimiento.

Y aquello bastó para que Sergieff reaccionara.

—En fin, consolémonos con la idea de que lo que ha sucedido no volverá a suceder. ¡Venid! Conoceréis mis planes.

Levantó una mesa y depositó en ella una gran caja de cartón. Todos se agruparon en torno suyo.

Sergieff abrió la caja y extrajo y colocó sobre la mesa todas las piezas de un pequeño ferrocarril. Puso en marcha el minúsculo convoy y éste dió varias vueltas a la mesa, seguido por las miradas de los agotados rebeldes.

Cuando a la máquina se le acabó la cuerda, el ingeniero declaró:

—Construiremos una vía férrea que nos ponga en comunicación con varias ciudades. Así no nos volveremos a encontrar sin materiales y quedará conjurado para siempre el peligro del paro forzoso.

Y los muchachos aprobaron con intenso regocijo aquella gran idea.

XIV

**Alcohol y mujeres**

Los trabajos estaban muy adelantados. Había sido preciso talar bosques, tender puentes, perforar o zanzar montículos. Pero todo esto no había representado nada para el entusiasmo de aquellos jóvenes robustos y deseosos de ofrecer a Sergieff una compensación de sus pasados arrebatos.

Desde el amanecer hasta el ocaso, aquellos torsos desnudos, aquellos brazos potentes, ofrecían el bello espectáculo de su esfuerzo constante y entusiasta, y las paralelas de hierro se veían avanzar de día en día a través del llano y

del bosque, del precipicio y de la montaña.

Mustafá era uno de los que más asombraban por su entusiasmo y por su resistencia. Mustafá contaba ya con el cargo de maquinista, así como Kolka con el de jefe de tren y el "Rojo" con el de guardaagujas, y ardía en deseos de que por aquellos carriles rodara una potente locomotora conducida por él.

Mustafá había olvidado ya en absoluto su pasado. Su redención era completa. Sin embargo, el pasado no le había olvidado a él.

En el hogar de los miembros principales de la banda, Tchastuchka pronunciaba su nombre mientras él, Mustafá, derramaba muy lejos sus sudores de honra-dez.

Estaban con ella el jefe y otros miembros de la banda, en las más groseras actitudes, después de una buena cena...

—Está visto que Mustafá sólo hay uno—dijo la joven.

—Es verdad—convino el jefe—. Desde que él se marchó no hacemos más que perder el tiempo.

—Ese imbécil de Sergieff nos lo ha quitado para convertirlo en persona honrada.

—Es todo un porvenir...

Tchastuchka, que fumaba recostada en un revuelto lecho, se incorporó de pronto, como movida por un resorte.

—¡Tengo una idea! ¿Y si fuéramos a buscarle?

—¿A quién?

—¿A quién ha de ser? ¡A Mustafá!

—Perderíamos el tiempo. No querrá volver con nosotros.

—Hay que hacer que quiera.

—¿Cómo?

—Escucha. Se me acaba de ocurrir un plan estupendo. Ese cae. ¡Vaya si cae!

Y explicó al jefe, sin entrar en detalles, su diabólico proyecto.

Muy ingenioso debía de ser, pues el caudillo de la banda comenzó a saltar y a vociferar alegremente.

\* \* \*

Una semana después, la trampa estaba preparada. En un calvero del bosque, cerca del campamento de los obreros, el jefe de la banda había improvisado un cabaret, aprovechando una choza abandonada.

Mujeres y bebidas. Mujeres de rostro sensual, maestras en el arte de excitar, ya que no de seducir, y bebidas fuertes, de potencia enloquecedora.

Pronto comenzaron a acudir, atraídos por aquel perfume de mujer, del que se veían separados con

un rigor casi ascético, los que eran menos dueños de su voluntad, entre éstos "El Rojo".

Mustafá comenzó a alarmarse al ver que el rendimiento de los obreros disminuía de jornada en jornada. Cuando conoció la instalación del cabaret, se alió con Kolka y con una docena de los más sensatos para hacer frente a aquel peligro. Pero pronto pudo comprobar la inutilidad de sus esfuerzos. A sus oídos llegaban rumores de que el éxito del cabaret aumentaba conforme decrecía el rendimiento de los obreros. El problema se agravaba cada vez más. Algunos comenzaron incluso a no acudir al trabajo. Y Mustafá decidió ir a visitar el cabaret para estudiar sobre el terreno el modo de poner fin a aquella insostenible situación.

Al ver al que había sido su jefe, una indignación repentina puso una venda en sus ojos y estuvo a punto de abalanzarse sobre él, pero comprendió a tiempo que era preciso dominarse, e incluso le tendió la mano con un gesto de cordialidad y de alegría.

Pasó en el cabaret la velada y, al día siguiente, concertó con Kolka y otros compañeros que merecían su confianza, un plan para alejar de allí a aquella chusma.

Por la noche entraron todos en el cabaret ocultando sus verdaderos propósitos bajo una estrepitosa alegría.

Bebieron, cantaron. Mustafá pidió de pronto música y se puso a bailar.

Kolka salió para acompañarle en las danzas. Y, en un momento en que sus cabezas casi se unieron por la frente siguiendo los movimientos reglamentarios del baile, Mustafá guiñó un ojo a su amigo y le dijo algo en voz baja.

Kolka aprovechó la primera oportunidad para sentarse y transmitir las palabras de Mustafá a sus amigos, con toda clase de precauciones.

De pronto, Mustafá sacó un revólver y dió el grito de "¡Manos arriba!"

Doce, veinte revólveres brillaron instantáneamente.

El jefe de la banda había sido el primero en levantar las manos

y dirigía a Mustafá una mirada que a éste hizo sonreír.

—Ahora, imbécil, no se te ocurrirá volver, porque yo mismo te voy a llevar a la cárcel atado codo con codo.

Y se volvió un momento para dar órdenes.

—Apartad las mujeres a un lado.

Fué un descuido que el jefe de la banda supo aprovechar. Un banquetazo a la luz y la estancia quedó a oscuras.

Y cuando encontraron el modo de alumbrar el recinto, había desaparecido el jefe de la banda.

Sin embargo, Mustafá se dió por satisfecho pudiendo destruir el cabaret y entregando a las mujeres a la policía.

El peligro estaba completamente conjurado. Al aroma purificador del bosque y al aire limpio de la llanura, no volverían a mezclarse los hedores del alcohol ni el perfume malsano de la carne mancillada.

XV

La obra estaba ya terminada y hechos los preparativos para la inauguración.

Sergieff estaba radiante de alegría. Kolka no pudo menos de escribir a su padre, anunciándole el gran triunfo de la voluntad.

Era una noche diáfana, despejada, clarísima. Sólo faltaban unas horas para que saliera el sol de la mañana en que había de desarrollarse el fausto acontecimiento.

Caía el plenilunio sobre el bosque y sobre el llano, inundándolo todo de resplandores argentados y

arrancando reflejos de los raíles bañados por el rocío.

Kolka, el "Rojo" y casi todo el personal del ferrocarril se habían trasladado a la estación de partida. En la de término sólo permanecerían Sergieff, una banda de música y algún jefe de la fábrica. Cuando el convoy llegara, la banda rompería a tocar y Sergieff lanzaría un hurra de triunfo. El tren vendría engalanado. Sería una fiesta magnífica que daría que hablar a todos los periódicos.

Sólo Mustafá faltaba en la estación de partida. Había apurado

hasta el último momento al lado de Sergieff y ahora se dirigía velozmente al encuentro de Kolka y sus demás amigos, en una vagoneta movida a mano.

Largo era el camino. Horas enteras habría de pasar moviendo la palanca que daba impulso a la vagoneta. Pero eso importaba muy poco a Mustafá. Antes se acabarían los kilómetros que sus energías y su entusiasmo.

Cantaba alegremente. Una canción bravía, de juventud y trabajo, una canción de triunfo, que hacía más rápido el fluir de su sangre por las venas.

Y, a su lado, pasaba la tierra en un deslizamiento vertiginoso, bosques y matorrales, charcas cuyas ranas enmudecían asustadas por el retumbar de la vagoneta, campo y más campo.

Y todo purificado por el filtro ambarino de la luna.

De pronto, un choque formidable. La vagoneta da una vuelta de campana y Mustafá sale despedido. Un montón de arena de los que ellos mismos formaron duran-

te la colocación de la vía le salva de una caída mortal.

Mustafá se incorpora. Ve la vagoneta boca abajo. No necesita acercarse para descubrir la causa del mal. La vía está cortada. Al lado hay un hierro que ha servido sin duda para realizar la operación.

Pero ¿quién puede haber sido el miserable?

De pronto percibe una sombra a su lado. Se vuelve y se encuentra frente con el jefe de la banda y dueño del cabaret fracasado.

No necesitan hablarse para comprenderse.

El bandido ha intentado vengarse. Y ha fracasado como fracasó al tratar de atraerse a Mustafá. Pero este fracaso tiene un inmediato remedio. El bandido tira del puño de un cuchillo cuya hoja reluce en la noche trágicamente.

Mustafá salta sin esperar el ataque.

Unos momentos de lucha sorda y, por fin, un gemido de muerte.

Huye el bandido. Mustafá queda cruzado en la vía.

de la estación se pierden, comienza el fragor de la alegría del tren. Los héroes cantan. El coro no es un modelo de armonía, pero sí de sinceridad.

De súbito, el tren frena. Algo, sin duda, se opone a su paso y el maquinista lo ha visto.

Por cada ventanilla se asoma un racimo de rostros curiosos.

Y las miradas de curiosidad se convierten de pronto en miradas de horror.

Tendido en medio de la vía, al lado de la volcada vagoneta, está Mustafá, con un cuchillo clavado en la espalda.

\* \* \*

Kolka ha recibido una nueva e inesperada alegría. Ya está dispuesto el tren para partir, pasea él con su uniforme por el andén esperando la llegada de Mustafá, que es el único que falta, cuando aparece su padre.

—¡Kolka! ¡Hijo mío!

Kolka lanza también un grito, y un abrazo de ternura borra en un instante el pasado.

—¡Padre mío!

Los dos se han regenerado. La vida no puede presentarse más lisonjera para ambos.

Pero Mustafá no llega. Es ya la hora señalada para la salida del tren. Esperan cinco minutos más y el convoy parte.

Le despide una salva de aplausos y un estruendo de vítores. Kolka y sus compañeros, asomados a las ventanillas, saludan alegremente.

Y cuando los rumores de alegría

\* \* \*

Cuando aparece el convoy, Sergieff da a la banda la señal para que empiece a tocar.

Y a los sonos de la música se mezclan sus vítores.

Pero el fragor de alegría va apagándose rápidamente. Ahora deja de tocar un instrumento, otro

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

en seguida; cesa un aplauso, se rompe un hurra en los labios de Sergieff.

¿Qué ha sucedido?

¿Por qué en vez de las banderas de vivos colores sólo una se ve en el tren, delante de la locomotora, flotante como un trágico penacho y más negra que el humo que vomita la máquina?

Es que allí, delante de la locomotora, han colocado el cuerpo exánime de Mustafá. Ya que no ha podido recibir en vida el honor del triunfo por su obra, los compañeros han querido rendirle este homenaje póstumo.

Y la locomotora se detiene pre-

cisamente delante de Sergieff, de modo que el pecho del ingeniero queda a la altura del cuerpo yacente.

“Es la víctima de toda obra grande y gloriosa”, piensa.

Pero su corazón rechaza el filósófico consuelo y llena de lágrimas sus ojos, los ojos siempre risueños de Sergieff, imitándole en este homenaje póstumo al admirable Mustafá, todos los compañeros, para los cuales el recuerdo del mártir sería como la luz espiritual que guiaría siempre sus pasos por el sendero del amor al trabajo y al prójimo, que es el verdadero camino de la vida.

FIN

**NOTA IMPORTANTE:** Si le interesa alguna novela y no la encuentra en su quiosco o librería habituales, pídasela y, contra remesa de su importe en sellos de correo o giro postal, según su cuantía, se la enviaremos seguidamente.

**Pida los últimos catálogos de Ediciones Bistagne**

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. — Madrid: Evaristo San Miguel, 11

## COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales

### La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS

La Viuda Alegre.—El Gran Decfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia. Zazá.—¡Adiós juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Meriposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano. La Tierra de todos.—Trípoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacara.—El Capitán Sorrelli.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Ópera.—Ben Ali.—Los Cuatro Días.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!...—La ruta de Singapore.—¡La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina, la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cosacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Virgenes modernas.—El Pagano de Tahiti.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senda del 98.—Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egoísmo.—La Máscara del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Ceres.—Las dos huérfanas.—La Canción de la Estepa.—El precio de un beso.—La rapsodia del recuerdo.—Delikatessen.—Del mismo barro.—Estrellados.—Cuatro de Infantería. Olimpia.—Monsieur Sans-Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor. Molly (La gran parada).—El valiente.—¡De frente... marchen!—Prim.—El presidio.—Romance.—El gran charco.—Tempestad.—El Dios del Mar.—Anne Christie.—Sevilla de mis amores.—Horizontes nuevos.—Ben-Hur (edición popular).—La incorregible.—El malo.—El pavo real.—Bajo los techos de París.—Wu-li-Cuang.—Montecarlo.—Camino del infierno.—¡Mío serás!—¡Aleluya!—La mujer que amamos.—Al compás de 3/4.—La princesa se enamora.—Amanecer de amor.—El gran desfile (edición popular).—Du Barry, mujer de pasión.—La viuda alegre (edición popular).—Ángeles del infierno.—Cuerpo y alma.—El impostor.—Esposa a medias.—Esclavas de la moda.—Petit Café.—Hay que casar al Príncipe.—Inspiración.—El proceso de Mary Dugan.—En cada puerto un amor.—Marruecos.—¿Conoces a tu mujer?—El millón.—La mujer X.—Gente alegre.—Mar de fondo.—La llama sagrada.—La ley del harén.—La fruta amarga.—Vidas truncadas.—La fiera del mar.—Tabú.—El pasado acusa.—Papá piernas largas.—Trader Horn. Un yanqui en la Corte del rey Arturo.—El Código penal.—La pura verdad.—Maternidad o El derecho a la vida (fuera de serie).—Carbón (La tragedia de la mina).—Estudiantina.—Las peripecias de Skippy.—¡Qué viudita!

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

## PRÓXIMOS NUMEROS:

La novela romántica

# Noches de Viena

Delicioso asunto que deleitará a todos  
Por Vivienne Segal y Alexander Gray

¡ACONTECIMIENTO! La esperada novela

## M A M Á

La película perfecta en perfecto español. De la obra de don GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

Por Catalina Bárcena, Rafael Rivelles, María Luz Callejo, Julio Peña, José Nieto, etc.

Edición extraordinaria. Semblanza de Catalina Bárcena. Fotografía del ilustre autor de la obra, don Gregorio Martínez Sierra. Magníficas ilustraciones fotográficas

Precio popular: 1 pta. Haga sus encargos desde ahora mismo

RETENGA ESTOS TÍTULOS:

**Cheri-Bibi** La más formidable creación de ERNESTO VILCHES, el gran maestro de la caracterización. Magnífica producción hablada en español, con María Ladrón de Guevara, María Tubau, María Luz Callejo, etc. Es un film METRO-GOLDWYN-MAYER

## ERAN TRECE

por Juan Torena, Ana María Custodio, Manuel Arbó, etc.  
En español

## Camarotes de lujo (TRASATLANTIC)

por Edmund Lowe, Lois Moran  
En español Éxito asegurado

**EDICIONES BISTAGNE**  
publica siempre y únicamente lo mejor

## ¡Ultimos grandes éxitos!

- El precio de un beso, por José Mojica y Mona Maris. (6 ediciones)  
Del mismo barro, por Mona Maris y Juan Torena. (6 ediciones)  
Ladrón de amor, por José Mojica y Mona Maris. (4 ediciones)  
El valiente, por Juan Torena. (2 ediciones)  
El presidio, por José Crespo. (2 ediciones)  
El gran charco, por Maurice Chevalier y Claudette Colbert. (2 ediciones)  
Sevilla de mis amores, por Conchita Montenegro y Ramón Novarro. (3 ediciones)  
Ben-Hur, por Ramón Novarro y May Mac Avoy. (Edición popular)  
Bajo los techos de París, por Albert Préjean, Polla Yllery y Gaston Modot  
Wu-Li-Chang, por Ernesto Vilches, Angellita Benítez y José Crespo  
Montecarlo, por Jeannette Mac Donald y Jack Buchanan. (2 ediciones)  
Camino del infierno, por María Alba y Juan Torena (2 ediciones)  
El gran desfile, por John Gilbert y Renée Adorée, (Edición popular)  
Du Barry, mujer de pasión, por Norma Talmadge, Conrad Nagel, William Farnum, Hobart Bosworth, etc.  
La viuda alegre, por Mae Murray y John Gilbert. (Edición popular)  
El impostor, por Juan Torena, Blanca De Castejón, Carlos Villarias, etc.  
Esclavas de la moda, por Carmen Larrabelli, Blanca de Castejón, Julio Peña, Félix de Pomés, etc.  
Petit café, por Maurice Chevalier, Ivonne Vallee, etc.  
Hay que casar al Príncipe, por José Mojica, Conchita Montenegro, etc. (4 ediciones)  
El proceso de Mary Dugan, por María Ladrón de Guevara, José Crespo, Ramón Pereda, Rafael Rivelles, Elvira Morla, etc. (2 ediciones).  
En cada puerto un amor, por José Crespo, Conchita Montenegro, Juan de Landa, etc.  
Marruecos, por Marlene Dietrich, A. Menjou, G. Cooper, etc. (2 ediciones).  
¿Conoces a tu mujer?, por Carmen Larrabelli, Ana María Custodio, Rafael Rivelles, Miguel Ligeró, Manuel Arbó, etc.  
El millón, por Annabella, René Lefebvre, Vanda, Greville, etc.  
La mujer X, por María Ladrón de Guevara, J. Crespo, R. Rivelles (3 edic.)  
Gente alegre, por Rosita Moreno, Roberto Rey, Ramón Pereda, etc.  
Mar de fondo, por George O'Brien, Marion Lessing, Mona Maris, etc.  
La llama sagrada, por Elvira Morla, Martín Garralaga, Luana Alcañiz, etc.  
La ley del harén, por José Mojica, Carmen Larrabelli, etc. (3 ediciones)  
La fruta amarga, por Juan de Landa, Virginia Fábregas, etc. (2 ediciones)  
Vidas truncadas, por Ann Harding, Clive Brook, Conrad Nagel, etc.  
La fiera del mar, por John Barrymore, J. Bennett, etc.  
Tabú, interpretada por naturales de las Islas donde se desarrolla la acción.  
El pasado acusa, por Luana Alcañiz, Barry Norton, etc. (2 ediciones)  
Papá piernas largas, por Janet Gaynor, Warner Baxter, etc. (2 ediciones)  
Trader Horn, por Harry Carey, Duncan Renaldo, Edwina Booth, etc. (2 ed.)  
Un yanqui en la corte del rey Arturo, por Will Rogers, William Farnum, Maureen O'Sullivan, Frank Albertson, Myrna Loy, etc.  
El Código penal, por María Alba, Barry Norton, etc. (2 ediciones)  
La pura verdad, por Enriqueta Serrano, Manuel Russell, etc.  
Maternidad o El derecho a la vida (fuera de serie) (2 ediciones)  
Carbón. La tragedia de la mina, (creación de G. W. Pabst).  
Estudiantina, por Ramón Novarro, Dorothy Jordan.  
Las peripecias de Skippy, por Jackie Cooper, Robert Coogan, etc.  
¡Qué viudita!, por Gloria Swanson, Margaret Livingston, Owen Moore, etc.

|||||  
PIDA A SU VENDEDOR

la sensacional novela real

# Maternidad

## El derecho a la vida

Film humano de «PRAESENS FILM»,  
realización de E. Tissé, del grupo Eisens-  
tein (escuela rusa), con la colaboración  
de la Liga de las Naciones y de la Univer-  
sidad de Zurich. Revisión científica del  
doctor Augusto Pi y Suñer, etc.

### 16 ilustraciones del film en el texto

Esta novela se recomienda por eminentes  
personalidades a todas las mujeres y a  
todos los hombres

Por su carácter especial, humano y social,  
publicamos este asunto en esta colección,  
pero fuera de serie, es decir, sin numerarlo.

**Precio popular: 1 peseta**

Acaba de aparecer la segunda edición

|||||

15¢



GB

**Precio: Una peseta**